

Vida y muerte
de un jardín de papel

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: © rawpixel
© Menchu Gutiérrez, 2025
© Ediciones Siruela, S. A., 2025
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
www.siruela.com
ISBN: 978-84-10415-25-6
Depósito legal: M-22.239-2024
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Menchu Gutiérrez

VIDA Y MUERTE
DE UN JARDÍN DE PAPEL

 Siruela

El Ojo del Tiempo

(una introducción)

En su libro *Seis estampas de una vida flotante*, Shen Fou contaba algunos pasajes autobiográficos de su feliz vida conyugal, transcurrida en China durante la dinastía Qing. En uno de ellos, describía la construcción, junto con su esposa Yun, de un bellissimo jardín en miniatura.

Sobre el plato de cerámica, el jardín, extraído a la manera clásica de un fragmento de naturaleza privilegiada, desplegaba todo un paisaje en el que unas piedras semejabán roquedales, y en el que había escarpaduras, precipicios e incluso el pico de una montaña. Entre las rocas crecían las ipomeas; sobre la superficie de un pequeño riachuelo, las lentejas de agua. Tan vívida era la experiencia que los esposos debatían sobre el mejor lugar para pescar, el que brindaba mejor sombra o el que ofrecía un mejor panorama. Tal era su hechizo, de tal forma eran capaces de habitar este minúsculo espacio, que llegaron a pensar en la construcción de una casa a la que podrían transportar todas sus pertenencias.

Hasta que una noche, dos gatos que corrían sobre el tejado, mientras se disputaban una misma presa, cayeron juntos sobre el jardín, haciendo añicos el plato y su precioso contenido.

Shen Fou concluye el breve episodio con estas palabras: «A pesar de su modestia, nuestra empresa había provocado el resentimiento de la Creación».

Y aunque el comentario se acompañe de una aparente aceptación, el espectáculo de las ruinas hace que sus artífices no puedan contener las lágrimas.

Por modesta que fuera mi empresa, yo había comenzado a escribir un libro que tenía al jardín por protagonista. Un jardín de papel más que de tierra, en el que me había propuesto escribir sobre algunos aspectos de la creación. En realidad, sobre lo que quizá haya escrito siempre: la poesía, el arte, la belleza, la magia, el juego, la duda y la muerte.

Y fue la muerte la que trastocó para siempre el jardín de este libro que, desde su primera línea, había sido concebido como un regalo para mi madre. Ella no solo era la dedicataria del libro sino la persona a quien estaba destinado.

La muerte de mi madre destruyó el jardín que también era el libro, y después de un tiempo de silencio insuperable, entre sus ruinas comenzaron a surgir flores y plantas de una savia diferente. También, caminos por los que nunca había transitado.

Ella misma comenzó a aparecer como impulsora de un libro diferente, y tuve que aceptar que, sin su apoyo inestable, de naturaleza evanescente —como esos regalos que a veces vienen de los sueños, que nunca puedes predecir, que no responden a un llamado—, no podía continuar.

Comencé entonces a escribir dos libros paralelos —de forma alternada, según demandara mi estado de ánimo—, y en los que seguí avanzando entre las flores de un jardín que también era un cementerio.

Este es un libro que nace de las ruinas de un libro. Un libro que se construye y se descompone. Dos libros que dialogan entre sí, o simplemente crecen juntos, incluso si a veces lo hacen en dirección a la pérdida y la desaparición. Sus breves capítulos se suceden aquí en un orden o un desorden aparecidos una vez que se escribieron sus dos puntos finales.

El libro de memorias de Shen Fou fue publicado de forma incompleta. Los avatares de su vida hicieron que muchos de sus fragmentos se perdieran. Sobre los libros autobiográficos, necesariamente selectivos y por tanto fragmentarios, se cierne asimismo la pérdida y el accidente.

Quizá también todos los poemas se escriban solos y revelen su naturaleza visionaria mucho tiempo después de haber sido escritos.

Los gatos de Shen Fou me parecen ahora perseguidos a su vez por un perro, sobre el que yo escribí hace muchos años, y que hoy veo alejarse hacia el fondo del jardín con los pasos seguros y satisfechos de quien ha cumplido bien su trabajo.

*El perro destruye lo que habías plantado.
Tú miras el desorden,
los brotes incipientes
empujados a la muerte,
y no te escandalizas,
sumas esa ruina
al saldo de una deuda con la vida.*

VIDA Y MUERTE
DE UN JARDÍN DE PAPEL

La página en blanco nunca me había parecido tan blanca, tan fiscalizadora. Siento que me reprende, incluso si no he expresado nada todavía. Es como si me leyera el pensamiento y, antes de empezar a escribir, el papel supiera que en mi cabeza no hay una primera línea sino dos, superpuestas:

Un jarrón con un ramo de rosas y un ramo de rosas en un jarrón.

«No es lo mismo, no es lo mismo...», escucho la voz impaciente de una maestra de escuela que corrige a su alumna en un examen, «no es lo mismo».

No estoy segura de dónde proviene esta voz, ni siquiera sé si brota de mí misma o llega de otro espacio, distinto de la habitación donde intento escribir, traspasando incluso las paredes del tiempo.

No es lo mismo, no. Hay un jarrón de porcelana por un lado, y por otro, unas rosas. La imagen final debe ser conquistada con las palabras en un orden determinado, y aquello que parece conformar una unidad solo lo es hasta que te propones comunicarlo.

Cómo iniciar su descripción, ¿por las rosas o por el jarrón? ¿Qué viene antes?

Se diría que las rosas son la razón de ser del jarrón, un objeto que no existiría sin ellas; también podría decirse

que un jarrón desnudo, sobre una mesa o un vasar, será siempre una realidad demediada. El jarrón estaría pidiendo que unas manos lo completasen, que lo despertaran de un letargo. La descripción, entonces, debería comenzar por las rosas, por su forma, en la que de nuevo se contienen muchas formas; por su número, por su color, por sus muchos colores, por su disposición o por su grado de frescura.

Sin embargo, me siento tan incapaz de elegir un orden como de jugar a cara o cruz conmigo misma.

Yo hubiera deseado que la imagen aflorase a la superficie de la página de una sola vez, como si hubiera quedado atrapada en el permafrost de una época glacial o por una avalancha, y el hielo se retirase de ella por igual, de manera instantánea. Pero ni las palabras ni el pincel escriben o pintan de una sola vez. Siempre ha sido así y quizá el alimento y el impulso de la escritura se encuentre precisamente en esa imposibilidad.